

MARGINADOS

*Un manifiesto
personal*



MICHAELA COEL



temas de hoy

MARGINADOS

*Un manifiesto
personal*



De alguna manera estoy de pie delante de todos, en un estrado, para impartir una charla. Mis ex-novios me acusaban de darlas, las universidades de nunca acudir a ellas, pero mi relación con esta palabra renació en la MacTaggart Lecture. Seamos realistas, aún no sé cómo funcionan las cosas aquí. A diferencia de mi maravilloso predecesor, el presentador Jon Snow, esto de leer cosas que no he memorizado de una pantalla delante de desconocidos es nuevo para mí. Al mismo tiempo estoy muy contenta de tener esta oportunidad, esta tribuna, que me ha animado a aprender tanto, pero también estoy muy nerviosa. ¿Quién no lo estaría? ¿Tal vez solo un 5 %? El 95 % de las personas estaría hecha un manojo de nervios. Es bastante, ¿no?

Agradezco la invitación de dirigirme a creativos como vosotros: productores, periodistas y aspirantes a hacer carrera en esos campos. Como otra

creativa más, haré lo que mejor se me da: contar una historia. Tal vez encontréis patrones.



Nací y crecí en Londres. En Square Mile, a veces considerado parte del distrito de Tower Hamlets y otras de la City. Es hogar de la Bolsa y del Banco de Inglaterra.

Entre sus modernos rascacielos empresariales y los callejones medievales hay una urbanización de viviendas sociales. Ahí, a la vista, pero de algún modo invisible. Construida originalmente en 1977 con el objetivo de ayudar a las personas sin techo de Londres, es el hogar del que me siento orgullosa. Incluso hoy en día alguien podría pasar por ahí por enésima vez con un maletín en la mano sin percatarse de su existencia.

Vivíamos justo enfrente del Banco Real de Escocia, que sentíamos como un «otro» y nos resultaba un tanto extraño. No por lo escocés, sino por lo de Banco Real.

Con nosotras (mi madre, mi hermana y yo), había como mucho cuatro familias negras en el barrio. Pensaba que a nadie le importaba un carajo aquello hasta que alguien dejó un montón de mierda en nuestra puerta. Mi madre, sin decir nada, la limpió. Pero cuando recibimos otra bolsa de mierda en el buzón sentí, cual precoz entrometida, que no tenía más opción que hacerme cargo de la situación a mis siete años. Di vueltas por el barrio, me balanceé en los columpios, desesperada en busca de respuestas: «¿Quiénes? ¿Quiénes son los enemigos de mi familia?».

Sospechaba de Sam, así que la empecé a llamar «fea pajillera», a lo que me respondía llamándome «sucía negra». Nos peleábamos. Era la manera



*Era la manera de expresar
nuestra desconfianza y miedo hacia
quienes visual o culturalmente
eran diferentes a nosotras.*

de expresar nuestra desconfianza y miedo hacia quienes visual o culturalmente eran diferentes a nosotras.

Pero también nos lo pasábamos bien juntas. Sam venía a casa a jugar a la Nintendo y mi madre nos hacía bollitos.

La alegría de la urbanización era Willy. En los días buenos, se asomaba por la ventana y repartía gominolas halal. Al caer, niños de todos los colores y credos salíamos corriendo del parque infantil dispuestos a luchar por una chuche.

No estaban envueltas ni nada, nuestras papilas gustativas eran conscientes del sabor a pavimento que se mezclaba con el dulzor, pero nos daba igual. Lo importante era que tú tenías una gominola y otros niños, no. ¿Estás masticando? Mola. Molas.



No muy lejos de Square Mile hay un teatro, donde se podría decir que comenzó mi carrera en televisión. Mi madre, soltera, trabajadora e inmigrante en Inglaterra, estudiaba ciencias sociales y de la salud y lo compaginaba con un empleo de limpiadora los fines de semana. Descubrió que había un teatro que permitía a los niños de familias con ingresos bajos participar gratuitamente en sus talleres infantiles. Salía más barato que la guardería, así que entré a formar parte del teatro infantil de Bridewell. Era la única persona negra.

Me encantaba. Actuábamos toda la mañana hasta el mediodía, y en ocasiones formábamos parte del elenco de las obras principales. Ni sabía ni me importaba de qué trataban, pero lloraba durante semanas cuando terminaban porque significaba que

el elenco se iba justo cuando empezaba a sentirlos como una familia.

Más tarde me matriculé en un instituto femenino de mi barrio, donde hice nuevas amistades que sustituyeron a las que perdí. Éramos un grupo de diez marginadas, principalmente naturales de África y del Caribe. Nunca olvidaré nuestra primera clase de informática, en la que fingíamos escuchar al profesor divagar sobre módems y CD-ROM cuando oímos cómo se rompía una ventana por la que apareció la cabeza de una chica, que era lo que había hecho añicos el cristal. Lo más inquietante fue el sonido que inmediatamente se escuchó en el aula: risas.

Con once años aprendimos rápidamente las reglas del juego: de nueve a tres, reírte de alguien o que se rían de ti. ¿Y después de las tres? Ir a casa, meterte en la habitación y llorar mientras, en mi caso, me colocaba el aparato dental.

Era una escuela católica en la que la prostitución estudiantil no era chocante, sino un chisme que difundir. Un colegio en el que, los fines de semana, podías ver a un profesor al borde de una parálisis provocada por el alcohol, sentado en un bordillo en mitad del mercado de East London. Cual estrella fugaz, era una suerte si lo veías.

Eran los años 2000. Fuimos la generación que con doce años tenía un Nokia 3310. La red One2One funcionaba mal, lo cual permitía realizar llamadas gratuitas. Sí, ¡llamadas gratuitas! Las noticias volaban como halcones por nuestras comunidades. ¿Y sobre sus alas? Las noticias más importantes: Janette se chupó su propia teta izquierda; Claire tuvo sexo en la parte trasera del bus con Bola; Martina vende *bagels* que guarda en una bolsa de basura por veinte peniques (veinticinco si quieres ketchup).

MICHAELA COEL



Aunque en 2002 nuestra percepción de la «informática» dio un extraño giro. Dejó de ser una aburrida pérdida de tiempo para ser el campo de entrenamiento del arma más poderosa al alcance de una niña de trece años: la capacidad de crear webs anónimas. ¿Acaso existía una manera más rápida y barata de difundir, implicar y destruir? Fue el inicio de una nueva era: un cuchillo más afilado, una pistola silenciosa con balas ilimitadas, sin saber quién estaba detrás; era perfecto, hasta que me encontré en el extremo equivocado cuando fui calificada como el «coco con labios grandes que hizo tres mamadas la semana pasada».

Coco: insulto para describir a alguien negro por fuera y blanco por dentro, exactamente la imagen de un coco. También os podéis hacer una idea al imaginaros a la primera niña negra en la historia

del colegio que se unía al equipo de danza irlandesa. Sí, esa fui yo. Bailé, justo en el centro, y lo peté.

Pero ¿mamadas? Estaba indignada. Lo único que me llevaba a la boca era el clarinete. Hacía tiempo que me acosaban por mis labios. Mientras practicaba para mejorar mis habilidades con el clarinete, sola en el aula de música, algunas chicas mayores entraban y me cerraban la puerta. Se metían con mis labios diciendo lo grandes y feos que eran, y solo me dejaban en paz cuando las lágrimas me caían por el rostro. No hace falta decir que tenía material más que de sobra para crear mi primera web.



Aunque esas páginas eran anónimas, decidí sacrificar mi anonimato haciendo públicos los singulares insultos que me lanzaban. Lo que les devolví fue un ataque, no a ellas, sino a sus ideales. «Soy

una friki, ¿y qué?», «Mis zapatillas no son de diseño, ¿y qué?», «Me encanta el *step dance* irlandés, ¿y qué?». Lo convertí en algo divertido, me insulté a mí misma y dejé claro que todo aquello no me podía importar menos.

Un día, la Reina se sentó a mi lado en clase de ciencias. La considerábamos una verdadera Reina, como Claire Foy.* Delicada, amable, fácilmente reconocible por su risa estridente y descarada. No había hablado con ella, no me atrevía. Solo sentía ese deseo intrínseco de respetarla y de mantener las distancias. Pero se sentó ahí, me miró a los ojos y me susurró que estaba embarazada. Me adelantó la noticia para que no la subiera a mi web. Me permitió tocar su barriga de embarazada (la primera que tocaba) en su vientre de catorce años; era una bebé teniendo un bebé. Las páginas web eran brutales; algunas rulaban impresas por las clases y entonces nos reíamos del linchamiento público con carcajadas maníacas y miserables. La respec-